



Caras y Carefas 3 set. 1921
Buenos Aires (B. A.)



Por RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo #.....

Miguel de Unamuno

Recordamos uno de los cuentos más graciosos que hemos oído contar y es el de un obispo que en una de sus visitas pastorales fué a albergarse en un convento, más que de regla estrecha, de pobrísimos recursos. Había oído el prelado ponderar la austeridad y sobriedad de vida de aquellos pobres frailes, y como le sirvieran una cena más que sencilla, bastante se lo hizo notar al superior de la comunidad que le acompañaba en ella. «Esto es por Su Ilustrísima, pero nosotros nunca comemos así». «¿Pues qué comen? ¿qué comen?» El fraile empezó a contarle su parquísima mantención y al acabar diciendo: «y por la noche una sopa de ajo», el obispo añadió: «¡Ola! ¡ola! ¿conque con su ajito y todo, eh?»

Pues ahora que los fisiólogos se nos vienen y se las traen con eso que llaman *vitaminas* resulta que el ajo — que es algo vivo, y muy vivo — es una de las substancias más vivificadoras. El que esto os dice sabe, por lo menos, que el ajo, y crudo, le gusta mucho, y no tiene empacho en declarar públicamente un gusto tan... plebeyo. Mayormente que no le oye el difunto Eduardo VII de Inglaterra o algún otro de esos aristócratas ingleses a quienes, por pedantería, les huelen mal los que han comido ajos o cebollas.

Coger uno de esos dientes de ajo, que mejor que dientes estaría llamarlos corazones, que corazoncitos parecen — corazoncitos blancos y tiesos — picarlos en rebanaditas — mejor que majarlos con un majadero en el almirez — sentir el olor de su jugo, que a las veces os pica los ojos, y luego con aceite en lechuga...

Es cosa que se gusta tanto con el olfato como con el paladar, que se derrama por el aire, que trasciende. Cuenta Goethe en su «Viaje a Italia» como encontró un día de mercado la plaza de Verona toda llena. «Verduras y frutas en abundancia, ajos y cebollas a placer» — dice. La expresión alemana que traducimos por «a placer» es *nach Herzenstust*, propiamente «gusto del corazón». Y en este caso nos parece muy justa y bien encajada. El ajo contribuye, sin duda, a robustecer el corazón. Y si no, ¿por qué los antiguos griegos alimentaban con ajos a los gallos de pelea?

Entre estos antiguos griegos, que si sabían muchas cosas, sabían sobre todo vivir, el ajo — *scorodon* — jugaba un importantísimo papel. Del vocablo *scorodon*, ajo, habían sacado el verbo *scorodizein*, que podríamos verter por «ajear» (no «ajars») y que significaba aderezar con ajo, frotar con ajo, hacer llorar y alimentar con ajo como a los gallos de pelea. Lo de hacer llorar todavía queda en aquel nuestro refrán castellano que dice: «quien se pica, ajos come».

Otros dos modismos tenemos a vueltas con el ajo y son el de «tieso como un ajo» y el de «andar en el ajo» o «estar metido en el ajo», y ambos, como el ajo mismo, huelen a pelea. Porqué el ajo huele a pelea, y os lo dice uno que gusta mucho del ajo y gusta no menos de la pelea. Y que a las veces si no frota con ajo su pluma es porque lo ha comido y le basta.

No sabemos si habrá algún alcaide que se saque del ajo y si se le llamará o no *scorodina*, pero si no le hay debe haberlo. Nosotros lo conocemos por sentido íntimo. Y recordamos a su respecto lo que el formidable panfletero Pablo Luis Courier escribía en 1824 en su «Pamphlet des pamphlets» y es: «Acetato de morfina, un grano en una ceba se pierde, no se siente; en una taza hace vomitar; en una cucharada mata, y he aquí el panfleto». Si Pablo Luis Courier en vez de ser, como era, turenés, hubiera sido provenzal, de seguro que se habría acordado del ajo. Y con ajo le habría bastado para hacer llorar — y no de risa — a los sicarios del despotismo a que persiguió. Pues que no hay poco ajo en aquella carta de Luis XVIII a nuestro Fernando VII que interceptó y publicó y escribió antes...

El ajo puede y debe representar nuestra socaronería y hasta me atrevo a decir que la ironía, pues si ésta, la ironía — de que fué maestro Sócrates — huele a cosa clásica y ática, los atenienses aderezaban sus comidas con ajo y Sócrates, y luego Demóstenes, sin duda lo comían y gustaban.

Y el ajo supera al acetato de morfina en que éste no se lo come uno, sino que lo echa en el panfleto, y la *scorodina* — llamémosla así — va a nuestros escritos con nuestro aliento mismo y saliendo de dentro nuestro. Da, pues, al escrito o al dicho una socaronería, una ironía íntima que ha pasado por nuestras entrañas antes. Y con él, con el ajo, nos purgamos a la vez de bilis.

Ahora nos dicen que el hambre que se pasó en Austria no fué tanto por falta de cantidad de alimentos como de calidad y que necesitaban cosas vivas, frescas, jugosas, de esas que hacen la boca agua y entre ellas fruta soleada y ajos y cebollas. Y no nos cabe duda de que necesitaban ajos.

Pero puede ocurrir — y al que esto escribe le ha ocurrido ya — tropezar con un tribunal de... llamémosle justicia — por antonomasia — que tenga un concepto exclusivamente jurídico de la ironía. ¿Y en este caso? En este caso no cabe sino un recurso: ¿no quieres ajo? ¡pues ristra y media!»

Y ahora, lector, voy a comerme mi ajito. Es mejor que frotar con él la pluma.

